



PROJECT MUSE®

Denuncia y univocidad: la narración del trujillato

Ana Gallego Cuiñas

Hispanic Review, Volume 76, Number 4, Autumn 2008, pp. 413-434 (Article)

Published by University of Pennsylvania Press

DOI: <https://doi.org/10.1353/hir.0.0019>



➔ *For additional information about this article*

<https://muse.jhu.edu/article/253207>



DENUNCIA Y UNIVOCIDAD: LA NARRACIÓN DEL TRUJILLATO

Ana Gallego Cuiñas
Universidad de Granada

A Efraín K.

RESUMEN Este ensayo hace un recorrido por las variadas modulaciones que adopta la representación literaria de la dictadura de Trujillo a través del tiempo: entre la denuncia y la univocidad. Las distintas formas que adquiere esta ficción dan cuenta de la complejidad del fenómeno del trujillato, integrándolo en una causalidad de orden explicativo que apunta a una realidad social traumatizada que, por ende, cristaliza discursos literarios traumatizados. Tras la muerte del dictador, el escritor dominicano trató de horadar el silencio y el miedo impuesto por la tiranía de Trujillo y ensayó maneras de abrir algunos espacios—a través de la ficción—que permitieran procesar esa experiencia. Las repuestas a las dictaduras son de naturaleza plural, pero suelen integrar a élites y culturas populares, expandiendo espacios que en la tiranía habían sido inexplorados por la férrea censura. En el caso del trujillato esto se traduce principalmente en la producción de novelas que siguen los presupuestos de la mimesis tradicional, y se concentran en los efectos de la dictadura en el pueblo. Entonces, lo que se va a recrear será la denuncia del contingente trujillista y los hacedores de su ideología por un lado; y por otro, la vindicación de los héroes anónimos que lucharon fervientemente por derrocar la dictadura. Será en la década de los noventa cuando se produzca el viraje y las plumas dominicanas, junto con las de fuera, emprendan un proceso de desmitificación del tirano, adentrándose en el terreno de la novela de dictador.

El trujillato (1930–1961) es una de las etapas más oscuras de la historia de la República Dominicana, y ni el pueblo ni sus letras la han olvidado: Trujillo

aún sigue vivo, como un fantasma que vaga incansable por los varaderos de la conciencia y las plumas quisqueyanas.¹ El período dictatorial ha devenido materia profundamente *novelasca*, y su plasmación literaria ha producido un abanico de irisaciones que han ido mutando con el tiempo y que continúan fraguándose hoy día: a más de cuarenta años de la desaparición de esa “alma ciega” de Trujillo, los escritores dominicanos siguen enfrentándose al trujillato para tematizarlo. Pero el modo en que ha sido abordada esta etapa histórica no se ha evaluado íntegramente:² este es el momento de empezar a hacerlo y dar caza al fantasma, pues “casi todo lo importante se sabe después, cuando ha adquirido su nombre verdadero y no es sólo un síntoma vago” (Mainer 85). Así, me propongo llevar a cabo una suerte de guía de lectura, trazar un mapa que sirva de orientación al lector y que responda a una subdivisión de las novelas del trujillato en grupos y motivos literarios, atendiendo al tema de la dictadura y sus consecuencias. Esto es, intentaré trazar algunas líneas descriptivas y de interpretación frente a un corpus heterogéneo de textos—que no aspiro a proponer como exhaustivo—, y desentrañar lo común, lo obsesivo, lo recurrente en el fenómeno literario del trujillato, no sólo durante la tiranía sino desde los sesenta hasta el momento. Ahora bien, en este ensayo dejo a un lado la evaluación del intrincado fenómeno de la diáspora dominicana y la fascinante contribución al discurso del trujillato de la escritura femenina pergeñada en las últimas décadas. Es claro que ambos parámetros deberían ser también evaluados en un futuro para entender en rigor e integridad la construcción de estas letras.

1. La República de Haití y la República Dominicana comparten una isla caribeña, una de las cuatro Antillas Mayores, que los Taínos antes de la llegada de Cristóbal Colón llamaban Haití, Bohío o Quisqueya, que significa “tierra alta o montañosa”. La isla fue bautizada por Colón como La Española. Más tarde, los colonizadores franceses la bautizaron con el nombre de Saint-Domingue. Cuando la parte occidental de la isla proclamó su independencia en 1804, retomó el nombre indígena de Haití (Ayiti). El uso del nombre Quisqueya para designar a su país es muy común entre los escritores dominicanos.

2. Hacer un diagnóstico sobre la crítica literaria del discurso del trujillato dentro y fuera de la isla me obliga a subrayar el desmejorado estado de salud en que tal crítica se encuentra, pues ese discurso literario aún no ha sido valorado en un análisis de suficiente amplitud y profundidad. La mayoría de los comentarios críticos son estudios de novelas aisladas, ora esquemáticos y superficiales, ora producto de la reflexión profunda e inteligente; pero existen también algunos de mayor envergadura, como los de Manuel Rueda, Neil Larsen y Fernando Valerio-Holguín, el más prolijo. Hasta la fecha, no se ha publicado un estudio de conjunto que sea capaz de ofrecer una visión orientativa de los rasgos que caracterizan a esta miriada de textos y de analizar el fenómeno en su totalidad, en su desarrollo. No obstante, es importante resaltar el trabajo de Ignacio López-Calvo, “*God and Trujillo*”: *Literary and Cultural Representations of the Dominican Dictator* (2005), y el de Rita de Maeseneer, *Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea* (2006).

El discurso histórico que late en las novelas del trujillato no sólo refiere hechos, sino también una *forma* de presentarlos, esconderlos o subrayarlos que muestra los modos de interpretación del pasado dictatorial, condicionando el presente y comprometiendo el futuro de la República Dominicana. Los dominicanos, como Tántalo, se ven ineluctablemente abocados a tener una gran roca suspendida en su cabeza, siempre a punto de aplastarlos. Esa gran roca es la dictadura trujillista, que sigue planeando sobre la estela política y literaria quisqueyana tras el tiranicidio (1961) y que se entiende como el “castigo” que impone la egregia Historia de la República por los “pecados” cometidos. Los escritores hallan entonces en la literatura una vía para exorcizar los demonios que invocaron Trujillo y su régimen, y de esta manera pretenden acabar con la excrecencia monstruosa de una tragedia de treinta y un años:

The number of authors and frequency of recurrence of these topics related to the ousted regime correspond generally to the duration of the regime and the intensity of its rule. The longer in power and the stronger the abuses of power, the deeper the traumatic experiences in the population. Therefore, writing about these topics and including these themes become an escape valve for the accumulated feeling and anxieties the people had to suffer during the regime. (Betances de Pujadas 8–9)

Esto vendría a explicar la existencia de una “novela del trujillato”, *id est*, el discurso literario que representa temáticamente la dictadura de Trujillo³ y que predomina en las letras dominicanas a partir de 1961. Esa obstinación literaria se repite incesantemente en la segunda mitad del siglo pasado, porque las condiciones políticas impetuosas que generó el régimen de Trujillo únicamente permitían la circulación en la isla de discursos que reprodujeran su ideología. Durante la satrapía, ningún novelista osó denunciar visiblemente los múltiples atropellos y accesos de violencia cometidos a diario, y los pocos que se atrevieron lo hicieron de forma subrepticia. Tan sólo el exilio—o incluso el suicidio—se izaba como válvula de escape. Aunque tam-

3. Bajo este marbete incluyo también novelas producidas durante la dictadura, las denominadas “novelas trujillistas” que, aunque en buena proporción no contemplan el tratamiento literario del trujillato, reproducen la ideología del *establishment* oficial y sirven de propaganda a la dictadura. Por otro lado, también asigno este rótulo a aquellas obras en las que la representación literaria del trujillato es un motivo secundario (desde la óptica del dictador o desde la óptica de la dictadura).

poco se libraban los valientes exiliados que escribían libelos en contra del “Benefactor de la Patria”, como sucedió con Andrés F. Requena y Jesús de Galíndez. El trujillato se convirtió “para una gran parte de los dominicanos y las dominicanas, en un trauma histórico a causa del terror, las torturas, los asesinatos y la represión generalizada de la población civil a manos del Servicio de Inteligencia Militar” (Valerio-Holguín “*En el tiempo . . .*” 92).

Pero por otro lado, Trujillo siguió presente, vivo después de su muerte en el ámbito político dominicano, por lo que el trauma se acentuó. Roberto Cassá señala: “A cuarenta años de la eliminación física de Rafael Leonidas Trujillo, se mantienen no pocos aspectos del legado dejado por la dictadura que dirigió” (Cassá 113). Después de la caída del dictador, la izquierda no encontró una vía de legitimación de sus presupuestos, debido a su exigua experiencia, a su desconocimiento del esqueleto teórico de la práctica política y a las continuas luchas internas. Los trujillistas, en cambio, fueron recomponiéndose y hallaron en Joaquín Balaguer al líder que podía favorecer sus intereses. Un líder que desplegó un programa político con briznas progresistas y democráticas, que encubrían un autoritarismo sustentado en la ilegalidad y la corrupción que reemplazó al crimen trujillista. Balaguer llegó al poder en 1966 apoyado por los Estados Unidos de Norteamérica, por el trujillismo y por una campaña de autorreivindicación que se basó principalmente en la publicación, en ese mismo año, del libro de Robert Crassweller: *Trujillo: la trágica aventura del poder personal*. En este texto se forja la figura incólume y acrisolada de un Joaquín Balaguer que se fraguó al socaire de los vejámenes y del martirologio trujillista. A decir del crítico e intelectual dominicano José Israel Cuello y de otros pensadores,⁴ Balaguer participó muy activamente en la redacción de ese manuscrito, y lo constata la aparición de datos que sólo podían ser conocidos de primera mano por personas muy cercanas al tirano, tan cercanas como el propio Balaguer.

Durante su mandato de los “Doce Años” (1966–1978), el “cortesano de Trujillo” emprendió un gobierno en que el clientelismo, el reparto de dádivas a cambio de activismo político y la represión policial por el incremento de la

4. Esta impresión—a la que otorgo una credibilidad incuestionable—la compartió conmigo José Israel Cuello en el transcurso de varias entrevistas realizadas en la isla durante octubre de 2004. También Orlando Gil expone en un artículo publicado en el diario dominicano *El Siglo*: “Anselmo Paulino me participó en España en el 1975 su creencia de que Balaguer suministró datos a Robert Crassweller para su biografía *Trujillo: la trágica aventura del poder personal*, que es la mejor obra en su género” (“Orlando dice . . .”).

violencia eran el “pan nuestro” de cada día. Esa cruenta realidad se traduce en un desencanto de la población que culmina en 1978 con la llegada a la presidencia del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), que se mantiene en ella por un lapso breve tras el cual retoma el poder Balaguer.

El estado de escepticismo político dominicano desencadenó el reclamo del pasado trujillista: “En la medida en que ha transcurrido el tiempo y ha merchado entre la población el peso de las generaciones que conocieron el régimen de Trujillo, ha ido creciendo una mirada nostálgica del pasado. Dentro de la cotidianidad, frente a los problemas, se ha hecho corriente la expresión de que hace falta un nuevo Trujillo” (Cassá 123). El paso del tiempo ha desdibujado el utillaje mefistofélico y represivo de Trujillo; la juventud dominicana no conoce en todas sus dimensiones la virulencia de ese pasado puesto que el “sistema educativo no provee claves para la formación crítica, lo que tiene incidencia en las dificultades para la conceptualización del pasado histórico” (Cassá 123).

De esta forma, se volvió lugar común en el imaginario dominicano el supuesto de que durante el trujillato existía menos corrupción administrativa y un patriotismo que se traducían en preocupación por el pueblo, menor índice delictivo, mayor seguridad pública, supresión de la deuda externa, etc., por lo que terminó resultando magnificada la proyección actual de Trujillo y su treintena tiránica.⁵ Asombrosamente, la caída de la dictadura y la llegada de la democracia no consiguen eliminar el peso de la ideología trujillista en la sociedad dominicana. Giovanni di Pietro lo advierte, “Los cambios que han ocurrido en la República Dominicana son esencialmente cambios superficiales. La herencia trujillista queda todavía en el aire; si no en el miedo, queda por cierto en la corrupción, en la falta de patriotismo, en la total ausencia de amor hacia lo suyo por parte de los dominicanos” (40). Esta realidad explica, en parte, el fenómeno de la emigración dominicana y el deseo del retorno de Trujillo. Y síntoma de ese ambiente—la nostalgia del pasado trujillista o la necesidad de recuperar una etapa desconocida para los

5. Pero tal y como enuncia Frank Moya Pons, “Puede decirse que Trujillo recibió, en 1930, una sociedad tradicional, biclasista, provinciana, atrasada y pobre, y dejó al morir una sociedad en transición pero subdesarrollada, con un capitalismo deformado por un desarrollo industrial monopolista que al poner el control de los recursos del país en manos de una familia absolutamente inescrupulosa, privó a la nación de la oportunidad de experimentar un desarrollo económico armónico, dejando al país en una situación de singular semejanza, a escala diversa claro está, con muchas de las sociedades latinoamericanas contemporáneas” (229).

jóvenes isleños—, es la sucesión de reediciones y publicaciones literarias (la “novela del trujillato”⁶ entre otras) e históricas, que en la mayoría de los casos se reducen a anecdóticos y testimonios inocuos sobre Trujillo.

Si en los albores de su dictadura Trujillo se valía de la literatura para hacer propaganda y construir consenso, para hacer que el pueblo creyese cierta “versión de los hechos”, en su ocaso y décadas más tarde se creó una serie de “correlatos estatales” resistentes a la perpetuación de la retórica trujillista: “pequeñas historias, ficciones anónimas, microrrelatos, testimonios que se intercambian y circulan” (Piglia 16) que serán recogidos por los escritores, por la literatura que los fija y les da *forma*: la novela del trujillato.

Literatura dominicana, literatura deshabitada

Norberto Pedro James afirma que la novela contemporánea dominicana (ninguneada, orillada y desoída por la crítica literaria latinoamericanista) es una “literatura de búsqueda, de análisis, de disección y diagnóstico de la realidad histórica” (38). A decir verdad, no se han escrito obras de gran calidad, pero sí se ha logrado entroncar con la tendencia narrativa hispanoamericana contemporánea, esa “literatura de derrotados” de la que habla Ángel Rama, a través de la incursión en los presupuestos de la novela experimental o del cultivo literario de la “novela del dictador” instalada en los celajes del “realismo mágico”. No obstante, las tendencias literarias dominicanas siempre han ido desacompañadas del resto de las literaturas del continente, quizás porque la mirada no se ha orientado hacia fuera, sino hacia dentro. Los novelistas de la isla quisieron poner su voz a disposición de un análisis histórico del trujillato, del rescate de un pasado anatematizado que quiere subrayar la voluntad de los dominicanos de exorcizar sus demonios. Ahora, como sostiene Carlos Pacheco, “el problema de la relación entre la realidad histó-

6. A este respecto, me he encontrado con los problemas que se derivan de las nociones tradicionales de este género, de su clasificación y de la imposibilidad de señalar límites claros, pues me he enfrentado con varias narraciones mucho más cercanas al testimonio, al documento histórico, al ensayo, memorias, crónicas, reportajes literarios, etc. La interdiscursividad recalca en casi todos los textos—entre la crónica y la historia, entre la historia y el testimonio, etc.—y los coloca en una encrucijada. Incluyo bajo el rótulo de “novela del trujillato”, por tanto, todos aquellos textos que se ajusten a los “atributos” que la crítica literaria ha fijado para el discurso novelístico y también los que han sido catalogados por la crítica dominicana o por el mismo escritor (al añadir el sustantivo “novela” a su discurso) como pertenecientes a esta distinción, y dejando a un lado las consideraciones teóricas y posibles discusiones a las que más de una debería someterse.

rica y los textos de ficción está presente aquí como—por definición—en todas las obras del sistema. Son relatos de la dictadura y por consiguiente el hecho histórico de alguna manera está presente siempre. El problema es cómo concebir y manejar esta presencia” (41). Por lo tanto, todas las novelas consideradas muestran una referencia clara al trujillato como etapa histórica, ya que “[l]a novela del dictador constituye—en una visión panorámica del género—una de las formas asumidas en este siglo por la novela histórica” (Subercaseaux 61). La mayoría de los textos dominicanos se aviene al patrón tradicional del discurso narrativo histórico y, en contadas ocasiones, al de la nueva novela histórica. En cuanto a su carácter como “novela del dictador”, creo necesario hacer hincapié en la perspectiva que usa cada escritor para delinear la realidad del trujillato y que propicia la distinción entre “novela del dictador” y “novela de dictadura”. Utilizo estas categorías nominales porque son operativas en un plano metodológico, ya que aclaran a priori en qué aspecto del conglomerado dictatorial incide el autor.⁷

Esta suerte de historia de la novela del trujillato que sugiero toma como paradigmáticos ciertos rasgos, motivos literarios que consignan determinados episodios de la tiranía que, al repetirse, nos permiten leer el texto (en sentido barthesiano) del trujillato como un discurso ideológico. La malla de significaciones que teje el discurso del trujillato evidencia la *forma* en que se lee la experiencia dictatorial dominicana: cercenada, testimonial, omnisciente y realista.

Cartografía de la novela del trujillato

Toda escritura viene determinada por unos intereses específicos: la del trujillato despliega una inevitable selección de facetas del fenómeno dictatorial que responden a una dialéctica incesante entre memoria social, olvido, con-

7. Keefe Ugalde, entre otros, entiende esta dicotomización del subgénero como una evaluación errada, debido al aparato crítico que ha tendido a menospreciar las “novelas de dictadura”, por considerarlas en su mayoría panfletarias y superficiales. Pero el problema reside entonces en la equivocada consideración de lo que es la “novela de dictadura”, que ha de ser entendida, a mi parecer, como todo aquel discurso que trata de los efectos de la dictadura en el pueblo, sin tener en cuenta juicios de valor determinados a priori. Domingo Miliani, en cambio, habla de “novela de dictadura”, “novela de dictador” y de una “novela sincrética”—que llamo “novela del dictador”—en la que se condensan todos los dictadores de América Latina, como *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez.

ciencia histórica, herida y cicatriz. La actitud de los novelistas dominicanos ante el trujillato conoce momentos diferenciados en lo que se refiere a la perspectiva presentada en la escritura y experimenta una evolución que varía sustancialmente en el trascurso de los años. El modo de leer estas novelas debe atender entonces a la conexión entre lo social y la ficción, es decir: desentrañar la *forma* en que la experiencia colectiva—la sociabilidad—vive e interpreta la dictadura de Trujillo y la *forma* en que es narrada por cada escritor.

Así, dentro de esta novela del trujillato, la primera distinción que salta a la vista se da entre la literatura escrita durante el dominio de Trujillo y aquella que se escribe tras su desaparición. La literatura de la Era de Trujillo (1930–1961) estuvo casi por entero al servicio del dictador. Es claro que la relación entre literatura y poder político supone una tensión constante, acercamientos y oposiciones que marcan una vinculación dialéctica de la que ningún escritor puede escapar. Desde los inicios de la dictadura, Trujillo contó con la colaboración de escritores e intelectuales que creían en su mesianismo o buscaban beneficiarse a la sombra del poder. El dictador se rodeó de una serie de poetas, narradores, críticos de arte y literatura, historiadores y juristas que fungieron de voceros del régimen e ideólogos (como el mismo Joaquín Balaguer). Estos preconizaban una “ideología trujillista” que se caracterizó por la sacralización de la figura del déspota, la defensa del régimen, la propaganda orientada a proclamar los logros del gobierno, el antihaitianismo, la hispanofilia y el anticomunismo.

Durante seis lustros, las letras dominicanas evolucionaron en medio de las dificultades y limitaciones diversas que imponían un ambiente sociocultural restringido y una censura alerta, sobre todo en los últimos dieciséis años de la Era. En definitiva, lo que hicieron los novelistas trujillistas fue tejer una narrativa divorciada de la realidad y reproducir la ideología de Rafael Leonidas y su cúpula política⁸ a través de una *forma* decimonónica y panfletaria:

La verdad es que los dominicanos somos muy intransigentes y muy mal agradecidos. Yo me he convencido de que nunca hemos tenido un Presidente tan bueno como éste. El hombre tendrá la mano fuerte y todo lo que quiera, pero no se puede negar que nos está dando una prosperidad que nunca habíamos visto y una paz que parecía imposible. (Amiama 167)

8. Verbigracia, *El viaje* (1940) de Manuel A. Amiama, *Revolución* (1942), *La cacica* (1944) y *¡Hello Jimmy!* (1945) de Rafael Damirón; *Caonex* (1944) de J. M. Sanz-Lajara.

Otras novelas, las menos, se movieron en el terreno pantanoso de la crítica velada al régimen,⁹ elaborando narrativas oblicuas, alusivas y codificadas que necesitaban de un lector avezado y culto para ser entendidas; por ello pudieron esquivar la censura. Las últimas, las más osadas, tenían un carácter instrumental y maniqueo,¹⁰ a la manera de las “novelas de dictadura” de la época: *Tirano Banderas* y *El Señor Presidente*. Por ejemplo, en *Cementerio sin cruces* (1949), Andrés Requena muestra la figura del tirano de forma distanciada, externa, “desde arriba”, deformándolo y caracterizándolo como un monstruo temido, despreciado, inhumano: “Su paso era como un símbolo de la dolorosa humillación del país, que tenía que seguir tolerando el oprobio de una tiranía en la cual el crimen estaba primero que la ley, y bayonetas y ametralladoras imponían la voluntad absoluta de un asqueroso señor de horca y cuchillo” (388). En contraposición a la maldad extrema del tirano, habrían de aparecer en estas novelas héroes, antítesis absolutas del dictador, que se presentan como personajes valientes, nobles, honestos y capaces de grandes sacrificios por amor y por la patria. Ahora bien, fueron pocos los isleños que se atrevieron a atacar al gobierno trujillista (como Requena), ya que los que se arriesgaban a hacerlo eran asesinados por el “Jefe”.

La segunda línea correspondería a aquellas novelas redactadas tras la eliminación física del tirano. De 1961 a 1965 se extiende un interregno de autocensura en el que sólo salió a la luz la “novela bíblica”,¹¹ una suerte de literatura codificada que pone en marcha un mecanismo de autoprotección valiéndose de estrategias simbólicas y alegóricas de contenido bíblico—se codificaba un nuevo lenguaje de resistencia—cuyo referente era claramente la dictadura. Algunos escritores dominicanos encontraron en esta temática la forma más adecuada, más velada, de denunciar el trujillato. Efectivamente, la escasa publicación de novelas del trujillato en esta etapa llama la atención, pues tras el fin de la dictadura se habría esperado que vieran la luz obras que habían debido permanecer inéditas, como sucedió en otros regímenes latinoamericanos. No fue así, y la explicación se halla en el enquistamiento del miedo en

9. Como *Over* (1939) de Ramón Marrero Aristry, *El hombre de piedra* (1959) de Ramón Lacay Polanco, *La mañosa* (1936) de Juan Bosch y *Trementina, clerén y bongó* (1943) de Julio González Herrera. Ésta última es la más interesante en los planos formal y alegórico, puesto que se vale de la locura y el manicomio para criticar los peligros del exceso de poder.

10. Véase *La fiesta del rey Acab* (1959) de Lafourcade o *Los tres salen por el Ozama* (1946) de Vicenç Riera Llorca, ambos autores no dominicanos.

11. Son obras de “tema bíblico”: *Judas—El buen ladrón* (1960) de Veloz Maggiolo, *El testimonio* (1961) de Ramón Emilio Reyes y *Magdalena* de Carlos Esteban Deive (1964).

la sociabilidad, la autocensura y el terror de escribir que había sembrado el trujillismo.

Después de 1965, el discurso del trujillato irá adquiriendo otras dimensiones y cristalizando una serie de rasgos intrínsecos que variarán en cada período, aunque siempre persiguiendo reproducir la “verdad” de esa dictadura que, por un lado, desmonta “las construcciones del poder y fuerzas ficticias” que generó Trujillo y, por otro, rescata “las verdades fragmentarias, las alegorías y los relatos sociales” (Piglia 17). Para analizar las obras de este período, he estimado oportuno realizar otra clasificación sobre la base de la cronología de cada uno de los discursos narrativos. Tres bloques agruparían los textos producidos desde 1965: el de 1965 a 1979, el de los ochenta y el que empieza en los noventa y llega hasta nuestros días. Esta clasificación toma en cuenta las peculiaridades que comparten las novelas de cada uno de esos períodos, pero también la división en decenios hecha por la crítica literaria dominicana. Es decir, he dibujado como telón de fondo un enfoque diacrónico, pero sin pasar por alto los problemas sincrónicos, pues, Mijaíl Bajtín *dixit*, “todo problema teórico debe forzosamente recibir una orientación histórica” (191).

Así pues, aunque la masa de las novelas del trujillato podría considerarse “tan nebulosa y huidiza como un fantasma”, como el fantasma de Trujillo, he rastreado una línea de evolución que presenta la repetición de elementos constantes en el discurso, motivos literarios que explican el desarrollo de esta novelística. He de aclarar que cada uno de esos ingredientes tiene una misión específica, a tal punto que ninguno puede extraerse sin destruir la visión panorámica de la sociedad dominicana que estas novelas ponen delante de nuestros ojos. La práctica literaria del trujillato nos ofrece el modo en que se lee y reconstruye el pasado tiránico, que a su vez refleja el presente de cada etapa y las perspectivas de los dominicanos con respecto al porvenir. Estas obras viajan continuamente del “yo” al “tú”: los dominicanos se sienten ineluctablemente aludidos porque lo social y lo personal van soldados por la trama y su *forma*. Cada novela del trujillato intenta dar testimonio de sí “desde abajo”, produciendo una miríada de “historias” del trujillato que hacen frente a la Historia de Trujillo. La ficción operante en cada una de ellas se convierte en una gran tableta de esa “verdad” amarga, histórica y social tanto tiempo silenciada. La ficción es la que permite a los dominicanos entender esa experiencia traumática e ininteligible.

Por todas estas razones, durante las décadas de los sesenta y setenta el personaje protagónico de las novelas del trujillato ha sido la propia sociedad

dominicana sometida a la tiranía, que logra vengarse del dictador y su sistema a través de la escritura. Los novelistas le devuelven al pueblo la voz perdida, recreando escenas crudas, patibularias, producto de los mecanismos de abuso del poder ejercidos por Trujillo y sus satélites. Así, los principales motivos que se proyectaron apuntan a los militares trujillistas (los “otros” que tiranizaban), los disidentes anónimos que luchaban por derrocar la tiranía (para contrarrestar la mitificación de los conjurados, “otros”) y todas las expresiones de la iniquidad y sus efectos en el pueblo. La selección de estas facetas por parte de cada escritor responde, por un lado, al deseo de señalar y culpar a los correligionarios de Trujillo (no sólo al dictador), que continúan en el poder con Balaguer y el neotrujillismo. Valga decir que, desde esta *forma* de reconstrucción del pasado, los escritores dominicanos “leen” un presente que compromete su futuro; de ahí el pesimismo latente en los años setenta y ochenta. Por otro lado, la selección responde a un intento de vindicación de la lucha de una sociedad que no considera la aparición y perpetuación del trujillato como un hecho consentido: no es fruto de la colectividad dominicana.

El problema es que la lectura que se hace desde la ficción de la dictadura pone el énfasis en la experiencia individual y el testimonio, no en una identidad común que defina a los dominicanos. Lo que se pone de manifiesto es la diferencia, la otredad, el desgarramiento y la división de la sociedad, de ahí que la *forma* de las narraciones siga siendo unívoca e individualista. No caben la pluralidad ni los distintos puntos de vista: hay que neutralizar la única voz de Trujillo con otra única declaración, compacta, como la del sátrapa. La relatividad y el cuestionamiento de los modos—las *formas*—de la historia política, la identidad y la sociabilidad del pueblo dominicano son impensables porque la experiencia de la dictadura cristalizó la escisión yo / tú. Por ello, se escriben relatos monolíticos que contrapesan y hacen frente a ese pasado también sin fisuras. Es claro que la novela del trujillato no concibe una voz colectiva, una identidad común, sino una pléyade de voces individuales: la lectura de la dictadura no pasa por la evaluación de las causas, sino por la descripción de los efectos y el diagnóstico.

A esto hay que añadir el uso político del pasado que realizó Balaguer durante más de una veintena de años. Pienso que todas esas formulaciones del trujillato que se han repetido hasta la saciedad luchan contra la presencia casi continua de Balaguer en el gobierno y contra el neotrujillismo que puso en práctica. El tratamiento literario del trujillato se entiende, entonces, como un arma, o más exactamente, como el motivo de un interés creado contra

Balaguer, antes que como el objetivo de un auténtico repudio del régimen trujillista o el deseo de una evaluación íntegra. Hasta tal punto ha sido cardinal la figura de Balaguer en el transcurso del fenómeno literario del trujillato, que en el primer lustro de los ochenta habrían de aparecer novelas de innegable ascendencia trujillista.¹² Precisamente en esos años finalizó su mandato y comenzó el del PRD, por lo que la nueva lectura positiva del trujillato propiamente dicha, una vuelta al trujillismo, cuyo principal baluarte, Balaguer, ha salido de la escena política, poniendo en peligro la pervivencia del neotrujillismo y la representación en el poder de una porción de peso de la sociedad dominicana:

En realidad, Trujillo no le había quitado nada a nadie para amasar su inmensa fortuna por la sencilla razón de que, al asumir el poder, no existía la menor riqueza en la República. Había tenido que crearla con imaginación y con esfuerzo, abriendo con su iniciativa el camino para que otros se decidieran a promover negocios, al convencerse de que aquellos que ponía en marcha el “jefe” resultaban siempre rentables. (Cruz Hermosilla 38)

Las novelas de ascendencia trujillista comportan la nota disonante en la uniformidad de las publicaciones de estas décadas, que en su mayoría se basan en el desdén a la tiranía y en el señalamiento de sus efectos ultranegativos. Por otro lado, la crisis económica y política que padece la República Dominicana durante los gobiernos de los ochenta influirá en la pluma dominicana—de ahí el pesimismo de los escritores con respecto al futuro—y en la publicación de novelas. Muchos de los textos de este decenio aparecen alumbrados por la plena asunción de la imposibilidad de un futuro feliz para los dominicanos. La situación nacional empeora, y las novelas de este bloque reflejan una concepción pesimista de la historia dominicana, la búsqueda de la identidad nacional, la frustración de los escritores y la inviabilidad del cambio por el lastre trujillista. La historia insular parece condenada a la repetición de las mismas escenas sojuzgadoras con diferentes actores principales. Los escritores dominicanos se ven arrojados al compromiso y a la exigencia de una definición política por parte de la sociedad. Por ese motivo, lo relevante no es la figura de Trujillo sino la ideología que practica buena parte del

12. Esto es: *Medalaganario* (1980) de Jacinto Gimbernard, *La noche de Trujillo: relato de un magnicidio* (1980) de Emilio de la Cruz Hermosilla y *La noche que Trujillo volvió* (1982) de Aliro Paulino hijo.

pueblo. En línea con esa percepción, las novelas se mantienen al margen de la conciencia y de la intimidad del dictador, sin hacerle ningún tipo de concesión ni humanizarlo, so pena de ser tildadas de antidemocráticas:

Hasta la década del setenta [el caso dominicano es más tardío] todos los dictadores de novelas son personajes chatos, sin relieve propio, sin vibración íntima. Son monstruos de maldad, dragones selváticos, fuerzas ciegas, telúricas, unilaterales. O, si no, son meros muñecos, títeres de un tablado guñolesco. (Pacheco 87)

Acercarse a la intimidad del tirano, a su vida, y entenderlo, ver su faceta humana, puede llevar a simpatizar con él y provocar la suspensión del juicio moral. Efectivamente, como veremos, quienes corrieron este riesgo fueron escritores no dominicanos, que “desde fuera” osaron desmitificar los acontecimientos ancilares de la Era de Trujillo, y al propio sátrapa.

Hacia una lectura de las escrituras del trujillato

La línea de evolución de la novela del trujillato tras el tiranicidio empieza entonces en el período que va desde 1965 a 1979. Pero en este lapso el interés que el trujillato va a suscitar es nimio comparado con la avalancha de denuncias y ataques que cabría esperar tras la treintena de silencio y sumisión, y esto es debido a la frustrada Revolución de Abril del 65, que acapara la atención de los escritores. No obstante, algunos de los discursos literarios dedicados a la revolución hacen referencia al trujillato, aunque de forma tangencial,¹³ ya que el trujillismo tuvo mucho que ver con la difícil situación política que padeció el pueblo dominicano tras la desaparición física del tirano. Pero sin duda la muerte de Trujillo sirvió de revulsivo para el cambio estético, lo que propicia que la seña de identidad de la actividad novelística de esta primera etapa se desarrolle conforme a las premisas de la literatura social, del compromiso con la historia y de la aproximación a la tesis sartreana de la novela comprometida. En este tramo histórico se despliega un amplio espectro de novelas de temática de la revolución y se publica *Los*

13. *El escupido* (1970) de Manuel del Cabral, *De abril en adelante* (1975) de Veloz Maggiolo y *Pisar los dedos de Dios* (1979) de Andrés L. Mateo.

ángeles de hueso (1965), de Marcio Veloz Maggiolo, fundamento de la orientación estética que caracterizará el panorama literario dominicano del siglo XX: la novela experimental. No obstante, se sigue cultivando el realismo, la narrativa con ribetes tradicionales, que recrea la dictadura—aunque sin mencionar a Trujillo—y la pugna de la izquierda anónima con la retórica del régimen,¹⁴ como ya anuncié. Por otro lado, y sin perder de vista los motivos anteriores, aparecen por primera vez en la narrativa dominicana lo fantástico, con *Los algarrobos también sueñan* (1977) de Virgilio Díaz Grullón, y el “realismo mágico”, de la mano de *Las tinieblas del dictador* (1978) de Haffe Serulle. En esta última novela se vislumbra perfectamente la sombra tutelar de Gabriel García Márquez y su patriarca; pero la gran diferencia con la obra del escritor colombiano estriba en que en la novela dominicana el lugar de la voz colectiva es nimio, comparado con el de las voces individuales: la escritura de los efectos del “yo” frente al “nosotros”. Lo interesante de la novela de Serulle es que en ella aparece un dictador sincrético que remite a Trujillo, aunque difuminado por el arquetipo del tirano latinoamericano. La escritura continúa siendo evasiva, no se nombra ni se escribe directamente, por las razones ya señaladas.

La segunda fase del fenómeno de invocación del trujillato tras la muerte del tirano corresponde a la década de los ochenta. En esta etapa, el cartapacio de novelas del trujillato no se revela compacto y es posible encontrar mayor divergencia en los planteamientos estéticos utilizados para abordar la dictadura. Las primeras novelas del trujillato que se publican en este período son *Sólo cenizas hallarás* (1980) de Pedro Vergés—que es también el primer texto en que después del tiranicidio se nombra a Trujillo—y *Curriculum (El síndrome de la visa)* (1982) de Efraim Castillo. Sin Balaguer en el gobierno, los escritores se atreven a nombrar, pero sólo se trata episódicamente el trujillato, puesto que los textos se concentran en la plasmación del pesimismo imperante en la isla, en el cuestionamiento de la trayectoria política dominicana y en el debate sobre el sentimiento anti-imperialista, producto de la búsqueda de la conformación sólida de la identidad dominicana y de su nación: “Trujillo estancó la politización de nuestro país; retrancó, siguiendo las más inflexibles leyes físicas, todo vestigio de pluralismo político. Y cuando digo ‘Trujillo’ estoy diciendo Estados Unidos de Norteamérica” (Castillo 282).

14. *Papaján* (1973) de Francisco Nolasco Cordero y *La ciudad herida* (1977) de Carlos Federico Pérez.

Currículum es la primera novela que se adentra en las causas de los problemas dominicanos—aunque no con hondura—y señala a los Estados Unidos como responsable de la nociva trayectoria política dominicana y la falta de identidad presente. Esto se pone de relieve igualmente en los relatos que militan en los supuestos del “realismo mágico”,¹⁵ en los que los escritores dominicanos se atreven a introducirse en la conciencia del dictador y lo nombran; pero al sesgo, sin ofrecer un amplio abanico de versiones de la Historia a través de diferentes enfoques narrativos:

Mi ejemplo de dominio de la naturaleza se produciría si lograba entender lo que exterminaba. No es una forma común entre los dictadores. Trujillo, allá, en la sombría cúpula de su capital, no sabe lo que mata. No tiene conciencia de lo que extermina; no ha estudiado lo que destruye. La dictadura es una ciencia, no un arte. (Veloz Maggiolo 28–29)

Por otro lado, se produce un giro hacia lo testimonial, que no aloja aún sentido estético y que se instala más bien en la proclama que se venía gestando desde 1965. De esta forma, hay que poner el énfasis en la existencia de “novelas de testimonio”, cuyos autores—caso, por ejemplo, de Jaime Lucero Vásquez en *Anónimos contra el jefe* (1987)—, para salvaguardar la inteligibilidad y la efectividad receptiva, asumirán una escritura objetiva donde prevalecen la claridad conceptual y la sencillez expositiva a través de un “yo-personaje narrador”. Lo importante sigue siendo la erradicación de los remanentes trujillistas, porque la única *forma* es la de lo “real”. En cambio, otras novelas del trujillato, las más escasas, optan por la línea estética experimental y la temática psicológica que predominaba en los novelistas de la década de los setenta: entre ellas se incluyen *La telaraña* (1980) de Diógenes Valdez y *Materia prima* (1988) de Veloz Maggiolo. La experimentación no cambia la *forma* de leer el texto del trujillato que, como he expuesto, pasa por una visión individualista: la univocidad del ciudadano dominicano (trujillista / antitrujillista) frente a la sola voz de Trujillo.

Ya en los noventa, se asiste a una suerte de *boom* de la novela del trujillato por diferentes razones, entre ellas el barniz de amnesia que esparce el balaguerato y la lejanía temporal con respecto a la dictadura. También con-

15. Veloz Maggiolo con *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1984) y Rivera Aybar con *El reino de Mandinga* (1985).

tribuye al *boom* el interés que despierta el trujillato, convertido en una moda literaria, fuera de las fronteras insulares. Debido a esto, la validez de algunas novelas ha quedado peligrosamente determinada por la oportunidad de su tema—se publica el doble que en décadas anteriores—, con el consiguiente detrimento del soporte estético. No obstante, en las novelas de este período se observa una vuelta de tuerca al tratamiento literario que predominaba hasta el momento y que, como he demostrado, se centraba en los efectos de la dictadura en el pueblo: el abuso de poder, el pesimismo derivado de la imposibilidad del cambio, la oposición anónima al régimen, etc. Las narraciones se acercan ahora a la figura de Trujillo, a su conciencia, lo humanizan y saldan las últimas cuentas pendientes con el pasado. Se producen obras que incursionan en las sirtes de la novela de dictador¹⁶ profusamente y desvelan “verdades” de Trujillo anteriormente obviadas, como su fecunda vida sexual y el sometimiento de las mujeres durante los años de su dominio. La lejanía temporal propicia que los escritores “pierdan el respeto” a este período y, sobre todo al dictador, apostando por la humanización del tirano. La representación de Trujillo desde un punto de vista humano y desde el lado lóbrego de su relación con las dominicanas responde a un movimiento centrífugo, contrario al movimiento centrípeto que se había dado en décadas pasadas en aras de silenciar una verdad ignominiosa para buena parte de la sociedad. Pero también se asiste a la mitificación del déspota operada por sus acólitos, sus personeros,¹⁷ que hasta el momento no habían asomado y aportan un punto de vista cardinal para la aprehensión del fenómeno del trujillato.

Por otra parte, sigue siendo mayoritaria la adscripción de las obras a la categoría de “novela de dictadura”, aunque se fraguan cambios importantes en el tratamiento de la tiranía: se observa una nítida comunidad de intenciones e intereses entre estas novelas, una proximidad del sentido de las apelaciones al trujillato y, cada vez con más fuerza, comienza a arraigar una tendencia novelística en la que los motivos de las hermanas Mirabal, de Galíndez y del asesinato del tirano ocupan un lugar privilegiado. Esencialmente, las novelas de los noventa retratan los últimos cinco años del régimen trujillista, cuando comienzan los problemas internacionales y la ideología y los

16. *Musiquito* (1993) de Enriquillo Sánchez, *Uña y carne* (1999) de Veloz Maggiolo, *Los amores del Dios* (1998) de Miguel A. Aquino, *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo* (1997) de Diógenes Valdez.

17. *El personero* (1999) de Efraim Castillo.

fundamentos del “Padre de la Patria” empiezan a tambalearse: los episodios mencionados, junto con el rechazo explícito de la Iglesia hacia el gobierno y las tensiones con los Estados Unidos, son los detonantes de la caída en picado de Trujillo.

En las letras dominicanas, como he expuesto, ha predominado la representación realista de la experiencia dictatorial y se ha reconstruido de manera verosímil, a través de una relación detallada de tiempos y lugares, un ambiente que es inverosímil. Ese apego a la “prolijidad de lo real” empieza a perder peso en las narraciones de la década de los noventa, que ingresan en una ficción de carácter más oblicuo y fragmentario: plural. No obstante, el anclaje en la referencialidad sigue siendo un hecho, aunque los motivos literarios que imperan en las obras de este decenio muestran cambios trascendentes en la tematización del trujillato. Lo más interesante, en mi opinión, es que encontramos por vez primera protagonistas femeninas y que se atiende a la recreación literaria de las esposas de Trujillo y a la relación de poder entre el dictador y las mujeres dominicanas; se entra, de este modo, en el inframundo anteriormente soslayado de las violaciones y los estupros, los desvirgamientos y la relación con la amplia caterva de amantes:

“Las mujeres de Trujillo”, como se les llamaba en voz baja a las amantes del Jefe, eran incontables. Nadie podía precisar su número, pero posiblemente pasaban del centenar, diseminadas por toda la geografía nacional. Aquellas mujeres del disperso harem del Jefe eran seres infelices, que tenían que someterse a la voluntad del amo. Ellas no podían hacer ningún tipo de vida social, sino estar en la casa que les habían asignado, esperando el día en que él se acordara y las fuese a visitar. (Valdez 77)

Esto supone una novedad, porque el machismo y la exclusión de la mujer del cerco literario del trujillato han sido uno de los marchamos de esta narrativa. Y es que Trujillo, en el marco de la cultura patriarcal, es pensado como el “superpatriarca”, el “benefactor”, que vendría a ser “el padre de la tierra del padre” (Valerio-Holguín “Trujillo . . .” 94). Trujillo tiene una relevancia incontestable en el seno de la “discusión del patriarcado,”¹⁸ hasta el punto que los hijos de la “tierra del padre” han seguido perpetuando su

18. Véase Sommer.

lógica patriarcal al narrar desde un punto de vista masculino los hechos de la dictadura trujillista:

En dichas narraciones, se encuentra elaborada una cierta épica a través de la cual los escritores magnifican una gesta que en la mayoría de los casos sólo se llevó a cabo en su imaginario narrativo. Además Trujillo, como superpatriarca, simbolizaba una castración para los individuos de su mismo sexo. Pero a pesar de esto, Trujillo era el padre que los dominicanos debían matar. (Valerio-Holguín “Trujillo . . .” 93)

La actitud de estos escritores es ambivalente: por un lado odian a ese padre inflexible y castrador que los ahoga, pero por otro no pueden escapar a la fascinación fantasmagórica que ese patriarca aún ejerce en los dominicanos, a su carisma irrefrenable.

Es justamente en la década de los noventa cuando los dominicanos se liberan del yugo trujillista y comienzan su verdadera venganza, su intento de “matar al padre”. Uno de los modos de hacerlo es sustituyendo la “epicidad masculina” por una “genealogía femenina”, invocando a aquellas mujeres que padecieron bajo el régimen patriarcal, sus principales víctimas, que lucharon por las libertades en contra de la opresión dictatorial. Ahora es cuando se les reconoce su espíritu aguerrido, encarnado en las hermanas Mirabal, y se da voz a la vergüenza y al ultraje sexual que sufrieron.

Ahora bien, paradójicamente, otra de las formas de dar muerte al tirano es poner en tela de juicio su hombría y resaltar su debilidad, lo que se consigue subordinándolo a los mandatos de una mujer: Doña María, su tercera esposa. Será ella quien ahora aparezca en la escena literaria humillándolo y controlándolo, castrándolo, revelando sus debilidades. Está claro: para los dominicanos la peor de las degradaciones es doblegarse a los designios de una mujer. Vemos, entonces, el doble pliegue de la irrupción de la mujer en las letras del trujillato: por una parte hay un avance y un reconocimiento, pero por otra se evidencia que la narrativa no se ha desprendido totalmente del lastre machista.

Pero lo más destacado de esta última etapa es que el trujillato también llega a seducir a escritores no dominicanos. En las novelas escritas “desde fuera” se observa una notable diferencia en la cristalización literaria de Trujillo, que se convertirá en un aporte esencial a este tipo de narrativa: el proceso desmitificador centrípeto, que comienza con *La fiesta del rey Acab* (1959) de Enrique Lafourcade y llega a su punto álgido en los noventa con Manuel

Vázquez Montalbán (*Galíndez*, 1990), Julia Álvarez (*En el tiempo de las mariposas*, 1994) y Mario Vargas Llosa (*La fiesta del Chivo*, 2000). Trujillo es una parte sustancial del proceso histórico dominicano y por eso se ha tornado en mito necesario de la literatura nacional: su recuperación temática es una de las expresiones de la identidad y la sociabilidad insular. Milan Kundera sostiene en *Los testamentos traicionados* que explorar histórica y psicológicamente los mitos quiere decir profanarlos. Profano viene del latín *pro-fanum*: “fuera del templo”. La profanación es, pues, el desplazamiento de lo sagrado fuera del templo, a la esfera de lo exterior. Y esto es lo que llevan a cabo los novelistas no dominicanos: profanan el templo del trujillato, amén de cuestionar la verdad histórica y de llegar a la raíz de la pervivencia de Trujillo en la vida espiritual y literaria de la nación, de una *forma* que los quisqueyanos no han conseguido. La raíz es algo que no se ve, que está bajo tierra muy profundamente cimentado; que se saca a la superficie con dolor y genera la revelación de todas las “materias” que la acompañan. Las “plumas foráneas” alcanzan la raíz del quiste del trujillato y lo someten a examen desmitificando los acontecimientos cardinales de la dictadura—el tiranicidio, la muerte de las hermanas Mirabal, el asesinato de Galíndez—y, lo más importante, al propio Trujillo. De ese modo, ponen en tela de juicio los valores canonizados atribuidos a las personas que participaron en esos episodios, así como otros aspectos. Su enfoque despliega un rosario de perspectivas y puntos de vista que difieren de la historiografía oficial y de las novelas insulares y van más allá de ellas, lo que enriquece el discurso literario dominicano al abrir una veta dialógica en el binomio dentro/fuera que permite repensar la colectividad y la identidad quisqueyana desde todos los frentes.

Conclusiones

Las novelas relacionadas con el poder personal y con las dictaduras suelen manifestar la postura crítica de los intelectuales ante su realidad: la propia, la de su sociedad, la de todo el hemisferio latinoamericano. Muchas de las obras del trujillato han sido escritas por autores que conocen la sociedad en una etapa dictatorial; su obra es producto de una realidad experimentada que ha construido y construye la memoria social.¹⁹ Otras tantas son novelas que

19. El caso más notable a este respecto es el de Marcio Veloz Maggiolo, que en todas sus obras atenta contra el trujillato de una u otra manera.

denuncian la situación dictatorial de anulación, de control total de una población, utilizando el texto literario como arma de combate e invitando a la reflexión, en aras de anular la revitalización política de ese pasado indeleble. Por esta razón, a mi juicio, algunos escritores dominicanos han optado por un adoctrinamiento eficaz, susceptible de ser descodificado sin dificultad por el destinatario colectivo y popular; así, el instrumento lingüístico usado cae a menudo en lo prosaico para resultar familiar al lector común: busca la sencillez y el rasgo coloquial para no incurrir en el hermetismo, con un claro prurito de sencillez y denuncia. El compromiso con la realidad cruda y omnímoda deviene escritura tradicional que rechaza la permeabilidad de lo plural.

Tal y como he intentado demostrar, hasta hace pocos años existía en la literatura del trujillato un ineludible “nexo de necesidad” entre el orden de los hechos de la tiranía y el orden de la representación, fuertemente referencial. Porque de lo que se trata y de lo que se trataba era de “horadar el silencio” impuesto del trujillato, para ensayar “maneras de abrir algunos espacios que permitieran procesar la experiencia difusa del presente, articularla con el pasado y extraer de ella sentidos” (Gramuglio 9). La problemática de la novela del trujillato radica en que no termina de ofrecer una constelación de sentidos de la experiencia de la dictadura de Trujillo (salvo casos aislados), sino que sólo extirpa el mal produciendo un discurso monolítico que refleja, paradójicamente, la misma univocidad del trujillato. La escritura del trujillato trasluce la lectura que se hace desde el presente de la dictadura: una lectura alienada²⁰ que fija un solo sentido y una sola *forma*, amén de eliminar la ideología trujillista, en lugar de desarticularla y evaluar sus múltiples significaciones.

Pese a ser uno de los fenómenos literarios que mejor retrata los problemas que han hollado la identidad y el proceso político insular, la novela del trujillato no sólo ha sido ignorada por la crítica literaria fuera de las fronteras, sino que ha sido condenada al ostracismo por los propios críticos dominicanos. Sharon Keefe Ugalde se preguntaba en 1988 por qué en la novelística dominicana dominaba el énfasis en los efectos de la dictadura en el pueblo. Si bien aclara que es “campo de especulación”, apunta varios posibles motivos: “hay mucha sangre que no se ha secado todavía”, y “[e]s probable que los escritores hayan sentido una necesidad urgente de expresar la versión oprimida y callada de la historia inmediata, la realidad vivida, antes de desti-

20. Véase Barthes 26–35.

larla, mitificando al dictador o dándole una voz principal. También es posible que exista cierto miedo de penetrar y comprender la psicología del dictador por temor a perdonarlo” (Keefe Ugalde 132–33). Quizás los dominicanos tengan que perdonarse a sí mismos y quizás éste sea el mejor momento, cuando el balaguerato ha tocado fondo político y el neotrujillismo cobra fuerza en la población. Si le preguntáramos al pueblo dominicano por Trujillo, probablemente nos respondería a la manera flaubertiana: Trujillo *c’est moi*. Porque el “Jefe” continúa vagando por la República Dominicana, buscando un sepulcro que los dominicanos le han negado, convirtiéndose así en un fantasma. Por ello ha de emprenderse un proceso que calibre la dimensión de la cicatriz que ha dejado el trujillato en la sociedad, y hay que iniciar una investigación más exhaustiva y profundizar en las lecturas del texto del trujillato, para evaluar causas y no sólo efectos—*formas* de lectura y escritura—, hasta dar caza, por fin, al fantasma de Trujillo.

Bibliografía

- Amiama, Manuel A. *El viaje: ensayo de novela de la vida capitalena*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003.
- Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1982.
- Barthes, Roland. “Escrituras políticas.” En *El grado cero de la escritura*. De Barthes. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003. 26–35.
- Betances de Pujadas, Estrella. *The Influence of Rafael Trujillo in Dominican Literature*. New York: Columbia University, 1991.
- Cassá, Roberto. “Algunos componentes del legado de Trujillo.” *Iberoamericana* 3 (2001): 113–27.
- Castillo, Efraim. *Currículum (El síndrome de la visa)*. Santo Domingo: Taller, 1982.
- Crassweller, Robert D. *Trujillo: la trágica aventura del poder personal*. Barcelona: Bruquera, 1968.
- Cruz Hermosilla, Emilio de la. *La noche de Trujillo: relato de un magnicidio*. Barcelona: Planeta, 1980.
- Di Pietro, Giovanni. *Temas de literatura y de cultura dominicana*. Santo Domingo: Taller, 1993.
- Gil, Orlando. “Orlando dice. . .” *El Siglo*, 4 abril 2000: 7.
- Gramuglio, María Teresa. “Políticas del decir y formas de la dicción: novelas de la dictadura militar.” *Punto de vista* 74 (2002): 9–14.
- James, Norberto Pedro. *Un estudio sociocultural de dos novelas dominicanas de la Era de Trujillo: Jengibre y Trementina, clerén y bongó*. Boston: Boston University, 1985.
- Keefe Ugalde, Sharon. “Veloz Maggiolo y la narrativa de dictador/dictadura: perspectivas dominicanas e innovaciones.” *Revista Iberoamericana* 141 (1988): 123–35.

- Kundera, Milan. *Los testamentos traicionados*. Barcelona: Tusquets, 1998.
- Mainer, José Carlos. *La escritura desatada, el mundo de las novelas*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina 1979–1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Miliani, Domingo. “El dictador, objeto narrativo en *El recurso del método*.” *Revista Iberoamericana* 47 (1981): 89–225.
- Moya Pons, Frank. “Modernización y cambios en la República Dominicana.” En *Ensayos sobre cultura dominicana*. Ed. Bernardo Vega. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1981: 211–245.
- Pacheco, Carlos. *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987.
- Piglia, Ricardo. “Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades).” *Casa de las Américas* 22 (2001): 11–21.
- Requena, Andrés. *Camino de fuego y Cementerio sin cruces*. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 2001.
- Sommer, Doris. *One Master for Another: Populism as Patriarcal Rhetoric in Dominican Novels*. Lanhan: UP of America, 1983.
- Subercaseaux, Bernardo. “‘Tirano Banderas’ en la narrativa hispanoamericana (La novela del dictador 1926–1976).” *Hispanérica* 14 (1976): 45–62.
- Valdez, Diógenes. *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*. Santo Domingo: Editilibros, 1997.
- Valerio-Holguín, Fernando. “*En el tiempo de las mariposas* de Julia Álvarez: una reinterpretación de la historia.” *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* 27 (1998): 92–102.
- . “Trujillo en una escena de seducción: *Bienvenida y la noche* de Manuel Rueda.” *Caribe: Revista de Cultura y Literatura* 2 (2002–2003): 18–30.
- Veloz Maggiolo, Marcio. *La biografía difusa de Sombra Castañeda*. Santo Domingo: Taller, 1984.